

## Salutación a Cuenca

Discurso pronunciado por el Dr. Gustavo Buendía, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, en la visita de dicha Facultad a esta ciudad

Señor Rector:

Señor Vice-Rector:

Señores Profesores:

Señores:

La Universidad Central celebra cada año el día del estudiante y ha escogido, para el efecto, la época de mayor y más loco regocijo popular: la temporada de carnaval. En años pasados, las fiestas se han circunscrito a la Capital: concursos literarios, veladas, corsos, deportes, etc. El entusiasmo de los universitarios nunca fue tan desbordante que saliese de los límites de Quito.

Es la primera vez que el bullicio estudiantil ha querido turbar, no la paz solamente de la ciudad de San Francisco de Quito, sino dar a su buen humor una expansión trascendental. Parece que a la juventud le gusta cambiar de escenario, y, sobre todo, para sus grandes fiestas, exige otro teatro de aquel en que ejercita la cotidiana tarea del estudio, la meditación y el trabajo.

Movida la muchachada universitaria por este justo y natural anhelo de renovación de ambiente, en este año prefirió salir de la Capital para celebrar, así, con más intensidad, el día del estudiante, y dar mayor novedad a los acostumbrados programas festivos.

Y ¿cuál podía ser el lugar más a propósito, se preguntó en este año, para elegir como sede de las fiestas estudiantiles? Cuenca, se anunció, y fué acogida la feliz idea con aplausos, con general y unánime aclamación.

Desde entonces, se han puesto los libros a un lado. El Código Civil, inconmensurable, la pesada Instituta de Justiniano, los voluminosos Tratados de Ciencias Públicas, etc. han quedado arrinconados, y el alumno no ha tenido otra preocupación obsesionante que la del viaje a Cuenca!

Idas y venidas, gestiones incansables, ningún esfuerzo ha omitido el universitario, hasta ver coronada su ilusión de conocer Cuenca, y a los distinguidos colegas de esta Universidad Ilustre que, como un astro de primera magnitud, despiden la luz vivísima de su sabiduría, y, desde la Zona Austral, alumbraba la Patria toda con sus gloriosos destellos.

Vamos!, dijeron nuestros discípulos, a conocer a los compañeros cuencanos, hagámosles partícipes en nuestras fiestas y compartamos con ellos nuestros goces. Que el día del estudiante, con su algazara típica, no se albergue ni se encierre en los linderos del corto radio quiteño. La juventud se siente estrecha y se desparrama, y quiere que su júbilo se comuniquen a la clase universitaria toda, para que, unida a la alegría en los momentos felices, sepa también ser unida en el infortunio. Hoy en una fiesta, mañana en el trabajo y la rebeldía, la juventud triunfará por la unión. Suyo es el triunfo, como suyo es el porvenir. Nuestra es la esperanza.

Los sociólogos encuentran en los juegos y en las fiestas un práctico sistema de acercamiento de los hombres. La ignorancia en que viven los unos de los otros, los repele; siempre su espíritu de desconfianzas, de prejuicios, de recelos. El conocimiento es la fuente del cariño, y el cariño salva las distancias.

Fomentar este sentimiento de unión, así en la clase estudiantil, como entre todas las demás clases sociales y entre las regiones del país, debería ser un imperativo de las universidades. Formar la conciencia nacional, con la convicción honda de la unidad que constituye, es una obligación ineludible de las clases pensantes. Sólo por esa conciencia los pueblos cumplen con sus destinos en la Historia, y pueden resolver, así los problemas generales, como los locales, sintiendo las necesidades de los compatriotas, y dándoles la vital importancia de los problemas propios.

Las excursiones, además, tienen un imponderable valor científico. Con este criterio, la Universidad Central se ha dispersado en los ámbitos de la República. La Facultad de Filosofía va a la Provincia del Guayas. La de Ciencias, a la del Tungurahua. La de Medicina se difunde en los cantones de la misma Provincia de Pichincha en afán científico, de investigación y recolección de datos. Es enorme el sentido y

alcance de la observación de la realidad como método pedagógico. Tiene, en cierto aspecto, una mayor importancia que la erudición, considerada como mera ilustración libresca, tan estéril muchas veces.

La enseñanza objetiva, la visión directa y personal de las necesidades colectivas, es el procedimiento didáctico fundamental, muy en boga en los actuales tiempos. Los estudiantes de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales, especialmente, deben conocer el suelo de la Patria, la base física del Estado, conocimiento indispensable en los que van a ser mañana los estadistas, los gobernantes del futuro. Sería interesante disertar sobre la misión que cumple a las universidades en la vida del Estado. A tal punto ha llegado la intervención de la Universidad a la actividad política, judicial y administrativa, en los diversos servicios públicos de otros centros de mayor civilización, que saliéndose de la explicación nemotécnica y de la conferencia verbalista, la Universidad se ha convertido en la reguladora científica de la energía de un país, en todas sus manifestaciones de progreso y de riqueza.

Por otra parte, las giras estudiantiles tienen una honda significación educativa y cultural, que no simplemente recreativa. Enseñar deleitando, es un principio sabio. Pero, la instrucción debe guardar su paralelismo con la verdadera cultura de los pueblos. Más que un profesionalismo utilitarista, más que la simple preocupación de dar a los jóvenes un *modus vivendi*, a la Universidad Moderna le inquietan los fines humanos que son de cultura general, que le capacita a un hombre, no sólo para ganarse el pan, dentro de una egoísta concepción de la vida. La Universidad Moderna aspira a hacer del hombre un factor de progreso, para la colectividad y un elemento propulsor del bienestar social. Sólo así es posible justificar la existencia actual de las universidades, con el cumplimiento de esta misión elevada y humana, y solamente así también las universidades se librarán del terrible anatema que, en frase despectiva, lanzan sus detractores: de ser fábrica de profesionales cada día en mayor saturación dentro de las funciones sociales. Hay que protestar, señores, contra este criterio y hay que reaccionar con hechos, dando al papel universitario un verdadero y positivo valor humano.

Ojalá pudiésemos, pues, multiplicar estos paseos, y llegar a la realidad del intercambio de profesores y alumnos, para que en Quito, Guayaquil, Cuenca y Loja, se aprovechen de las sabias lecciones de los exponentes más esclarecidos del magisterio superior. Por la fusión espiritual de las Universidades de la República, vendríamos a la integración virtual de

la Universidad única, símbolo grandioso de la Unidad Nacional.

Pero, me estoy apartando del objeto de estas frases. No fue mi intención hacer un discurso para esta ocasión, ni dar una conferencia. Estas palabras tienen un objeto más limitado. A nombre de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, me ha tocado el alto cuanto innmercido honor de presentar el más efusivo saludo a la Ilustre Universidad de Cuenca, y a la ciudad misma, saludo que mi modesto lenguaje no alcanza a darle todo el realce que el acto realmente tiene, como significación nacional; pero que vosotros, con esa clarísima inteligencia de que la Naturaleza os ha dotado, sabréis traducir e interpretar en todo su significado, dándole el verdadero y sano valor que tiene en la esfera política y social.

Por ser, particularmente, la primera vez que una entidad toda, viene a presentar sus rendidos respetos a otra entidad similar, este saludo, estoy seguro, va a tener en la República una repercusión de simpatía, que cohesione los diversos factores que integran la nacionalidad.

En este saludo que se vea un acto ostensible de sincera veneración de los estudiantes de la Central, a la Patria de Fray Vicente Solano, de Manuel J. Calle, de Luis Cordero, de Federico Proaño, de Honorato Vázquez, de Miguel Moreno, de Remigio Crespo Toral, de Benigno Malo, de Borrero, Cordero y Córdova, de Rafael María Arízaga y de un millar de hombres geniales que han contribuido con el caudal de su inmenso talento al adelanto de la cultura ecuatoriana.

Nuestra peregrinación, con todos sus contratiempos, ha sido debidamente compensada. Hemos tenido la fraternal acogida de una población gentil, hemos conocido la hermosa ciudad de nuestras ilusiones que para nosotros ha sido como la Tierra de Promisión, con sus ríos, con sus paisajes inimitables, con sus panoramas bellísimos, en que todo canta y sonríe, como en una perpetua primavera que ofrece por donde se dirige la mirada, espectáculos indescriptibles. La juventud tenía que buscar un lugar paradisíaco con grande anhelo, porque sabía, de antemano, que nada es comparable a la belleza de la mujer cuencana, con sus ojos de inmensidad y de luz, como su firmamento, que refleja la hermosura de sus campiñas.

Recibid, queridos colegas del Azuay, el saludo fervoroso que hemos traído los que vivimos en las faldas del Pichincha. ¡Las dos grandes cúspides se entrelazan con ondas de comprensión y de afecto!